

Una mágica historia
cargada de sensibilidad, ecologismo y esperanza

La vida de Budori Gusko

Kenji Miyazawa



Las vidas del pequeño Budori y su hermana Neri cambian por completo cuando sus padres caen gravemente enfermos. Solos en el bosque de Ihatov intentarán sobreponerse a las desgracias con la ayuda de una serie de excéntricos y misteriosos personajes que se van cruzando en su camino. Budori Guskō vivirá inolvidables aventuras y hallará sentido a su vida llegando a convertirse en un héroe que salvará al mundo. Una mágica historia cargada de sensibilidad, ecologismo y esperanza.

El libro incluye también los siguientes relatos: «La estrella Chotacabras», «Las bellotas y el gato montés», «Obbel y el elefante» e «Historias de un espíritu», cuatro historias cargadas de simbolismo y amor a la Naturaleza cuyos protagonistas dejarán una huella profunda en el corazón del lector.

Una imaginación desbordante y un mundo de fantasía único han convertido a Kenji Miyazawa en un autor venerado en Japón y en un referente para creadores de la talla de Osamu Tezuka o Hayao Miyazaki.

Índice de contenido

Cubierta

La vida de Budori Guskō

La vida de Budori Guskō

La estrella Chotacabras

Las bellotas y el gato montés

Obbel y el elefante

Historias de un espíritu

Epílogo

Glosario

Sobre el autor

Notas

La vida de Budori Guskō

Capítulo 1

El bosque

Budori Guskō nació en el gran bosque de la región de Ihatov^[1]. Su padre, un famoso leñador llamado Nadori Guskō, era capaz de cortar hasta los árboles más grandes con una facilidad tal, que parecía estar meciendo a un bebé.

Budori tenía una hermana llamada Neri con la que jugaba todos los días en el bosque. A menudo, se alejaban tanto que apenas llegaban a oír el incesante ruido de la sierra de su padre. Allí pasaban el tiempo cogiendo frambuesas y remojándolas en el agua del manantial, o contemplando el cielo mientras imitaban por turnos el arrullo de las palomas silvestres. Estas, como somnolientas, les respondían desde diversos lugares con su zureo.

Mientras su madre sembraba trigo en el pequeño huerto delante de la casa, los dos hermanos extendían una estera de paja en el camino y se sentaban a cocer orquídeas en una lata. En ocasiones, aves de distintas especies pasaban cantando, raudas y veloces, casi rozándoles los secos cabellos de sus cabezas, como si les estuvieran dedicando un saludo.

Cuando Budori empezó a ir a la escuela, en el bosque reinaba un aire de melancolía durante el día. A cambio, como para compensar su ausencia, a su vuelta, poco después del mediodía, Budori se adentraba en el bosque junto con su hermana. Unas veces, con arcilla roja o un tizón

de madera, escribían en los troncos los nombres de los árboles, y otras se ponían a cantar en voz alta.

En un abedul, por cuyos lados crecía una planta trepadora formando una especie de puerta, escribieron: «Prohibido el paso a los cucos».

Así fue pasando el tiempo, Budori cumplió diez años y Neri, siete. Pero ese año, no se sabe muy bien por qué, ya desde la primavera, el sol adquirió un extraño color blanco. En condiciones normales, nada más derretirse la nieve, la magnolia habría mostrado sus blanquísimas flores. Pero en mayo, el aguanieve cayó sin cesar, y en julio, el calor seguía sin llegar. Ambos fenómenos provocaron que el trigo sembrado el año anterior no pudiera dar más que espigas blancas sin grano, y que la mayoría de las plantas florecieran y se marchitaran sin dar sus frutos.

Y por fin llegó el otoño, pero como era de esperar, del castaño no salieron más que erizos de cáscara azul, y la planta del arroz, uno de los alimentos más apreciados entre las gentes, no produjo ni un solo grano.

Entre los campesinos se produjo un terrible descontento.

Tanto el padre como la madre de Budori llevaban con frecuencia leña al campo para vender. Con la llegada del invierno, a pesar de cargar una y otra vez grandes árboles en el trineo para arrastrarlos hasta el pueblo, siempre regresaban decepcionados y con apenas unos pocos granos de trigo en lugar de dinero.

De esta manera transcurrió el invierno, que dio paso a la siguiente primavera y, aunque sembraron en el huerto las semillas que con tanto cuidado habían guardado, ese año volvió a ser una repetición del anterior. Y con el otoño, llegó el hambre de verdad.

Por aquel entonces, los niños que iban a la escuela ya habían desaparecido por completo. Los padres de Budori habían dejado de trabajar. Preocupados, y tras repetidas discusiones, salían por turnos al pueblo, y aunque algunas

veces lograban regresar con algunos granos de mijo, otras volvían con el rostro demacrado y las manos vacías. Aun así, también lograron superar ese invierno, alimentándose de bellotas, semillas de arruruz, helechos, y hasta la corteza blanda de los árboles.

Pero al entrar en la primavera, tanto su padre como su madre parecían haber caído gravemente enfermos.

Un día, su padre, tras haber permanecido mucho rato pensativo y con la cabeza apoyada entre las manos, se incorporó repentinamente.

–Me voy a dar una vuelta por el bosque –dijo al tiempo que salía tambaleándose de la casa.

Sin embargo, al caer la noche aún no había vuelto. Los dos hermanos preguntaron a su madre sobre lo que le habría sucedido a su padre, pero ella, callada, solamente respondió con una mirada.

Al día siguiente por la noche, cuando la oscuridad ya reinaba en todo el bosque, la madre se levantó de súbito, y tras echar una gran cantidad de leña a la chimenea, que iluminó por completo toda la casa, habló:

–Voy a buscar a vuestro padre, así que vosotros quedaos en casa. A la hora de comer racionaos la harina que hay en aquel armario.

Luego, salió de la casa con un andar vacilante. Los dos hermanos se pusieron a llorar y cuando se fueron tras ella, esta se giró como regañándoles, y les dijo:

–Pero mira que sois desobedientes.

Después, se adentró en el bosque con paso acelerado y dando trompicones. Los dos hermanos, después de esperarla durante horas, se pusieron a llorar dando vueltas sin rumbo. Al final, no pudieron soportarlo más y se adentraron en el bosque, que ya estaba completamente oscuro.

Tras pasar por donde estaba la puerta de la planta trepadora y también por la orilla del manantial, vagaron de un lado para otro, llamando a su madre durante toda la

noche. En el cielo se recortaban las siluetas de los árboles del bosque. Las estrellas brillaban parpadeantes, como queriendo decirles algo, y los pájaros, como sorprendidos, salían volando en medio de la oscuridad. Sin embargo, por ninguna parte se pudo escuchar una voz humana. Finalmente, con aire ausente, regresaron a la casa y durmieron como si hubieran muerto.

Budori se despertó pasado el mediodía.

Al recordar la harina de la que le había hablado su madre, abrió el armario y pudo comprobar que en su interior había un saco que todavía contenía mucha harina de *soba*^[2] y bellotas. Zarandó a Neri para despertarla. Juntos, lamieron la harina, y tal y como solían hacer cuando estaban con sus padres, encendieron el fuego de la chimenea.

Y así, de manera vaga y confusa, sin ningún acontecimiento digno de mención, pasaron tres semanas. Hasta que un día, en el portal de la casa se escuchó una voz:

—Hola, ¿hay alguien en casa?

Pensando que su padre había regresado, Budori salió disparado hacia la puerta. Pero allí solo había un extraño de mirada penetrante que llevaba un canasto a cuestas. El desconocido, al tiempo que sacaba una torta redonda de arroz y se la lanzaba a Budori con un movimiento brusco, dijo:

—He venido para ayudar a los habitantes de esta región azotada por el hambre. Vamos, comed cuanto gustéis.

Los hermanos se quedaron atónitos durante un buen rato.

—¡Venga! ¡Pero comed, comed!

Mientras empezaban a comer con temor, el hombre no dejaba de mirarlos fijamente:

—Sois buenos chicos. Pero simplemente con ser buenos chicos no arreglamos nada. Venid conmigo. Bueno, pensándolo bien, los varones son más fuertes, y yo no puedo cargar con los dos. Tú, niña, si te quedas aquí no te

quedará nada para comer. Vente conmigo al pueblo. Te daré de comer pan todos los días.

En eso, el hombre agarró a Neri, la metió en el canasto, y gritando «¡oojojoi, oojojoi!^[3]», se esfumó raudo como el viento. Neri exteriorizó sus sentimientos por vez primera, y rompió en lágrimas. Budori los persiguió llorando y gritando:

–¡Al ladrón, al ladrón!

Pero cuando se quiso dar cuenta, el hombre ya había cruzado el bosque y atravesaba corriendo una pradera a lo lejos. Los llantos de Neri, apenas perceptibles, no eran más que un débil susurro.

Budori, llorando y gritando desesperado, los persiguió hasta los confines del bosque, pero finalmente, exhausto y agotado, cayó en redondo.

Capítulo 2 La fábrica de seda

Cuando Budori abrió los ojos, escuchó una voz extraordinariamente monótona sobre su cabeza.

–Por fin te has despertado. ¿Todavía tienes hambre? ¿Por qué no te levantas y me echas una mano?

Al alzar la mirada, Budori pudo ver a un hombre que llevaba un sombrero marrón con forma de seta, una camisa puesta sobre el abrigo, y un objeto hecho con alambres, colgando en la mano.

–¿Ya ha pasado el hambre? ¿Que te ayude? ¿Ayudarte a qué? –preguntó Budori.

–Pues a colocar las redes.

–Colocar las redes, ¿para qué?

–Para criar gusanos de seda.

Budori miró a su alrededor y vio a dos hombres subidos en una escalera apoyada en el tronco del castaño que tenía delante. Estaban lanzando y manipulando algo que parecía una red. Sin embargo, ni la red ni los hilos eran perceptibles a simple vista.

–¿Y con eso se pueden criar gusanos de seda?

–¡Y tanto que se puede! ¡Pero qué niño más impertinente! Oye, que decir este tipo de cosas trae mala suerte. Y si no, ¿por qué iban a construir una fábrica en un sitio donde no se pueden criar gusanos de seda? Eso es porque se pueden criar. En realidad, empezando por mí mismo, existe un montón de gente que se gana la vida de esta manera.

Budori, todavía con la voz ronca, comprendió por fin:

–¿Ah sí?

–Además, este bosque entero lo he comprado yo. Si tienes intención de ayudarme, serás más que bienvenido; si no, te agradecería que te marcharas a otra parte. Pero ya te digo que, vayas donde vayas, no encontrarás nada para comer.

Budori estaba a punto de ponerse a llorar, pero finalmente se contuvo y dijo:

–De acuerdo, te ayudaré. Pero ¿por qué colgáis esas redes?

–Ahora mismo te lo explico. Mira, se hace con esto, ¿ves? –Y agrandó con las dos manos la especie de cesta de alambre que tenía–: ¿Lo entiendes?, si lo mueves de esta manera, se convierte en una escalera.

Entonces se dirigió a grandes zancadas hasta el castaño de la derecha y lo enganchó de una rama baja:

–Bueno, ahora te toca a ti coger esta red y subir hasta arriba. Venga, inténtalo.

El hombre le entregó a Budori algo que se asemejaba a una extraña bola. Sin otro remedio, con el objeto en la mano, Budori se agarró a la escalera y empezó a subir. Sin

embargo, los peldaños eran tan estrechos que se le clavaban en las manos y los pies de tal forma que parecía que se le iban a partir en dos.

–Sube más. ¡Más, más! Y luego, intenta lanzar la bola que te he dado. Como si quisieras que pasara por encima del castaño. Lánzala hacia el cielo. Pero ¿qué pasa? ¿Estás temblando? Mira que eres cobarde. Tienes que lanzarla. Hacia el cielo. Venga, lánzala.

Budori, resignado, lanzó la bola hacia el cielo azul con todas sus fuerzas, cuando de repente vio el sol negro, y cayó de cabeza hacia el suelo. Por suerte, el hombre lo atrapó al vuelo. Mientras dejaba a Budori en tierra, lo riñó terriblemente:

–Eres un cobarde. ¡Menudo enclenque! Si no te hubiera cogido, seguro que ahora ya te habrías partido el cráneo. Me debes la vida. De ahora en adelante no tienes derecho a faltarme al respeto. Venga, súbete al árbol de allá. Dentro de un rato te daré algo de comer.

El hombre le dio una bola nueva. Budori cogió la escalera, fue al siguiente árbol y lanzó la bola.

–Bien, vas mejorando. Bueno, bolas tienes de sobra. No seas holgazán. Con tal de que sea un castaño, cualquier árbol te servirá.

El hombre sacó unas diez bolas del bolsillo y nada más entregárselas a Budori, se alejó a paso ligero. Budori lanzó unas tres, pero empezó a sentir que se quedaba sin aliento y que no podía soportar la debilidad que le invadía el cuerpo. Decidió que sería mejor volver a casa, y así lo hizo. Pero, para su sorpresa, en su antigua casa, alguien había construido una chimenea de barro rojo cocido y había colgado un letrero en la puerta que decía FÁBRICA DE SEDA DE IHATOV.

En ese momento, el hombre del sombrero de seta salió de la casa fumando tranquilamente:

–Bueno muchacho, te he traído comida. Cómetela, y antes de que oscurezca, a trabajar un poco más.

–Yo ya estoy harto. ¡Me vuelvo a casa!

–¿Te refieres a esto? Esta ya no es tu casa. Es mi fábrica de seda. Te recuerdo que tanto esta casa como este bosque los he comprado yo.

Budori, desesperado ya, calló, se comió el pan que le había dado el hombre y lanzó unas diez bolas más.

Esa noche, Budori durmió acurrucado en un rincón de lo que una vez fue su casa y ahora se había convertido en una fábrica de seda.

El hombre, junto con tres o cuatro desconocidos, echó leña en la chimenea, y sentados al calor del fuego, bebieron y charlaron hasta bien entrada la noche. Al amanecer del día siguiente, Budori fue al bosque y trabajó como lo había hecho el día anterior.

Y así pasó un mes. Una vez colocadas las redes sobre los castaños de todo el bosque, el criador de gusanos de seda empezó a colgar en cada uno de los árboles unas cinco o seis tablas que llevaban adherido una gran cantidad de algo que parecía maíz. Entretanto, los árboles que ya habían brotado, habían teñido el bosque de un verde vivo. Pasado un tiempo, en las tablas aparecieron una gran multitud de gusanos de color blancuzco que fueron avanzando en fila india por los hilos hasta llegar a las ramas.

La siguiente tarea para Budori y los demás consistió en recoger leña cada día, que más tarde apilaron en forma de montículos alrededor de la casa. Cuando los castaños poblaron sus ramas con blancas flores en forma de trenza, los gusanos que habían trepado desde las tablas hasta las ramas se volvieron del mismo color y forma que las flores del castaño. Después, devoraron por completo las hojas de los árboles.

Al poco tiempo, desde las redes, los gusanos empezaron a elaborar grandes capullos amarillos.

En ese momento, el criador de gusanos de seda, como enloquecido, los riñó atrozmente por no haber metido todavía los capullos en las cestas. A continuación, los metie-

ron uno a uno en una olla con agua hirviendo y, mientras iban girando la rueca con la mano, devanaban la seda. El traqueteo incesante de las tres ruecas para hilar continuó noche y día. Cuando el hilo amarillo, ya devanado, se acumulaba hasta ocupar casi la mitad de la cabaña, empezaron a salir volando unas polillas grandes y blancas de los capullos que habían dejado fuera. El criador de gusanos de seda, con cara de ogro, como endemoniado y fuera de sí, empezó a devanar la seda junto con otras cuatro personas más que se había traído del campo y que había puesto a trabajar. El número de polillas aumentaba cada día, hasta dar la sensación de copos de nieve flotando en el bosque. Un día, llegaron unos seis o siete carrromatos, cargaron toda la seda producida y se la llevaron al pueblo. Los trabajadores se subieron en los carrromatos y se marcharon. Cuando el último de los carrromatos partió, el criador de gusanos de seda le habló a Budori:

—Escucha, te he dejado provisiones en la casa para que puedas comer hasta la primavera que viene. Hasta entonces, quédate aquí vigilando el bosque y la fábrica.

Dicho esto, con una extraña sonrisa burlona, el hombre se subió al carrromato y se alejó rápidamente.

Budori se quedó inmóvil, perdido en sus pensamientos. El interior de la casa estaba tan sucio y desordenado que parecía que acababa de pasar un vendaval. El bosque había quedado tan asolado como si hubiera sido arrasado por un incendio. Cuando al día siguiente Budori empezó a recoger y a limpiar el interior y los alrededores, en el lugar en el que el criador de gusanos de seda se solía sentar, encontró una vieja caja de cartón. En su interior había, apretujados, unos diez libros. Al comprobar el contenido, vio que había varios con gran cantidad de ilustraciones de gusanos de seda y de máquinas; algunos eran completamente incomprensibles, y otros contenían multitud de ilustraciones de árboles y hierbas, meticulosamente identificadas con sus nombres.

Budori pasó el invierno copiando con afán las palabras y las ilustraciones de aquellos libros.

Llegó la primavera, y de nuevo volvió a aparecer el hombre, esta vez con un magnífico traje y acompañado de seis o siete empleados nuevos. Al día siguiente, todos se pusieron manos a la obra para emprender la misma labor que el año anterior. Colocaron las redes, colgaron las tablas amarillas, los gusanos treparon hasta las ramas y Budori y los demás volvieron a preparar la leña.

Una mañana, cuando estaban preparando la leña, todo empezó a temblar de repente. Era un terremoto. Tras unos instantes, se escuchó un terrible estruendo en la lejanía.

Después, el cielo adoptó un extraño tono oscuro, empezó a llover una ceniza muy fina y toda la superficie del bosque se cubrió de blanco. Estupefactos, Budori y los demás buscaron cobijo bajo un árbol. En ese momento llegó corriendo y aterrorizado el criador de gusanos de seda:

–¡Escuchadme, todo está perdido! ¡Una erupción! ¡El volcán ha entrado en erupción! La ceniza ha cubierto a los gusanos y se han muerto todos. Evacuad a toda prisa. Y tú, Budori, si quieres te puedes quedar aquí, pero esta vez no te podré dejar provisiones. Además, si te quedas, será peligroso. Es mejor que te vayas al campo y busques un modo de ganarte la vida.

Apenas pronunciadas estas palabras, se alejó a toda prisa y desapareció. Cuando Budori fue a comprobar el estado de la fábrica, ya no había nadie. Abatido y pisando las huellas que los demás habían dejado sobre la ceniza blanca, se fue en dirección al campo.

Capítulo 3

Campos de arroz

Budori continuó hacia el pueblo, caminando más de medio día por el bosque cubierto de cenizas. Cada vez que soplabla el viento, la ceniza caía de los árboles como humo o tormentas de nieve. No obstante, a medida que se iba aproximando al campo, la profundidad y cantidad fueron disminuyendo poco a poco, los árboles fueron recuperando su color verde, y las pisadas acabaron por dejar de verse.

Cuando por fin dejó el bosque atrás, Budori, sin poder evitarlo, se quedó con la mirada clavada. El campo se extendía ante sus ojos desde donde estaba hasta las blanquísimas nubes a lo lejos, y todo parecía estar hecho de cartulinas de un bello color rosado, verde y gris. Cuando se acercó un poco más, se dio cuenta de que el color rosado era una superficie repleta de pequeñas flores visitadas una y otra vez por las atareadas abejas, que el color verde era la hierba que crecía apretada y que estaba empezando a espigar, y que el color gris eran los pantanos de cieno poco profundos. Todo estaba separado por una estrecha ribera en la que los campesinos, valiéndose de sus caballos, trabajaban labrando y removiendo la superficie.

Budori siguió andando hasta que se topó con dos personas en medio del camino discutiendo a gritos. El hombre de barba rojiza que estaba a la derecha vociferó:

—Sea como sea, he decidido meterme en el negocio de la especulación.

A lo que replicó el otro, que era un viejo alto que llevaba un sombrero blanco:

—¡Te digo que es mejor que lo dejes estar! Si le echas tanto abono lo único que sacarás es paja. No conseguirás ni un solo grano.